

El Grabado de Madera en México

Por Rafael Vera de Córdoba

PARIS, metrópoli del mundo intelectual y artístico, soberana de la moda, hacedora de famas y prestigios, busca y encuentra en su eterna ansia de exotismo, el grabado en madera de los tiempos medioevales para ilustrar los libros modernos, los libros más exclusivos, originales y exquisitos de los grandes autores contemporáneos.

El grabado en madera ha evolucionado notablemente. Ya no son aquellas estampe-rias populares de los buenos tiempos de Epinal, que, en su primitivo procedimiento, reproducía las batallas de Napoleón en Austerlitz y las Pirámides, con aquella ingenuidad tan primitiva que nos hacía pensar en las viejas estampas pre-rafaelistas.

Hoy, desde Raoul Dufey, hasta Lorraine, con Gauguin—el estupendo pintor de los negros de Tahití—, el grabado en madera lo imponen en Europa como símbolo de distinción artística en las ilustraciones de los libros, en las pinacotecas y en los museos.

Gauguin en Tahití fué el primero en desenterrar del pasado caballeresco—no de Tahití—este procedimiento de fuerza y de belleza. Y he ahí que actualmente, Mariani y D'Annunzio en Italia, desdennan para sus libros otras ilustraciones que no sean precisamente de refinados grabados en madera "Champlevé".

Hoy, en México, y en la muy bien calificada "Villa de los Artistas," de Coyoacán—

fuerza de filosofías y pesimismo de la vida literaria que ha leído. En lo único que cree es en su arte, que es joven y potente—y nosotros, sus compañeros, creemos también en él con toda nuestra buena voluntad.

Leal usa anteojos burocráticos y una lacia y larga barba negra que le da un aspecto Valle-inclanesco. Su palabra es tarda, lenta y persuasiva, casi sacramental; Eduardo Castillo, uno de los dibujantes más fuertes y honrados de la escuela—me refiero a honradez artística, pues en lo privado todos lo son—ha definido gráficamente a Leal, dentro de sus dibujos psicológicos y con palabra irónica de este modo curioso y regocijado: "De diez santos viejos, Leal, por lo menos se parece a nueve."

Fernando Leal es el autor de estos grabados: "El Amigo de la Parranda," "Trinidad está diabólico" y "El indio que enflaqueció de amor."

Hay en estos tres tipos una admirable psicología expresada de un modo sintético y racional. Toda la fuerza de observación de este pintor-grabador está concisamente explicada en estos tres grabados.

"El indio que enflaqueció de amor," con la boca sensual, los ojos cerrados, ojos de espasmo y de esfinge; esa angulosidad de las facciones y del cuello, acusan un desgaste moral y físico muy difícil de lograr con unas cuantas líneas con unos cuantos

A Vera de Córdoba



radicalement Jean Charlot et Fernand Leal

"La gata de Santa Anita"

y embarcan hacia las escuelas nuevas—llamémoslas así para ser más claros no se acentúan definitivamente sino hasta después de mucho estudio y producción. Precisemos mejor:

Cuando apareció el impresionismo, los académicos de Francia que se afiliaron a este movimiento, hicieron una obra homogénea, influenciados por la misma técnica y la misma visión del color que tuvieron los iniciadores. Sólo después, cuando el impresionismo tuvo su natural desarrollo, las individualidades impresionistas se definieron, apartándose de las primeras formas de la escuela.

Hoy en México el caso es idéntico en lo que respecta al moderno grabado en madera. Jean Charlot, un joven pintor francés de altos vuelos y talento, junto con Fernando Leal—de las mismas cualidades que Charlot—hacen las primeras pruebas, y es un poco difícil para el ojo crítico, definir claramente cuáles son las obras de Leal y cuáles las de Charlot.

Fernando Leal es un joven pintor con toda la barba; de espíritu un poco avejentado a



"Trinidad"

tenía que ser—a la sombra vivificante, sabia y entusiasta del maestro Ramos Martínez, Fernando Leal y Jean Charlot, dan a luz los primeros grabados en madera, que se hacen en México dentro del más sabio y exquisito espíritu de la estética moderna.

"Champlevé," he aquí el procedimiento más antiguo del grabado con el espíritu artístico y moderno más revolucionario, más exquisito, dentro del radicalismo de las últimas orientaciones. Es claro que los académicos—arañas de "atelier"—torcerán el gesto despectivamente frente a estos grabados incendiarios, y fruncirán el ceño del mismo modo todos aquellos que estén alejados de las últimas manifestaciones del arte evolutivo, y aquellos que miran mudos y estáticos el estancamiento lamentable del pasado, sin ver, regocijadamente, esas manifestaciones "sui-géneris" del grabado en madera, que tienen el notable prestigio del antiguo procedimiento adunado con la más fuerte y vivificante visión de nuestros tiempos.

Hoy, siglo XX, vivimos el siglo de las sensaciones rápidas, definidas, concretas en todo lo que a artes plásticas se refiera.

Es justamente en nuestros tiempos—ya tan alejados del romanticismo—cuando el arte plástico se disgrega de la literatura de intención, para ser, sólo y por sí solo, arte desnudo, arte-arte, ajeno a otras ligas de cenáculo o de escuela que acusen trascendentalismos literarios y poéticos, que hicieron suspirar, desmayadamente, a los últimos artistas del romanticismo francés.

No, hoy, más que nunca, el arte se individualiza. ¿Qué hay grupos y tendencias? Está bien, pero dentro de esos grupos, dentro de esas orientaciones y tendencias, libremente se manifiestan las más disímolas individualidades, en toda la heterogeneidad de sensaciones y sentimientos a través de una técnica exclusiva y personal.

Esta definición de las "maneras" originales de los artistas de hoy, que se convierten



"El amigo de la verdad"

planos, ya que otros pintores con los recursos amplísimos del color y del claro oscuro no han podido lograr jamás.

"El amigo de la parranda" nos trae una chusca reminiscencia del "Cuatezón Beristáin." Su cara mofletuda, sus narices rojas—con rojante de pulque curado de tuna—los ojos brillantes y la frente estrecha, nos sugiere al pelado de pulquería, decidior, alburero y borrachín, que ha visto pasar por su medio maloliente, una injuria del roto o la enagua almidonada y desdenosa de una gata de casa rica.

En "Trinidad está diabólico" hay realmente un gesto de mefistofelismo indio, que no necesita del agudo e intencionado bigotillo para expresar una mala idea que ha cruzado por su frente.

Jean Charlot es más irónico, más francés. En "La gata de Santa Anita," vemos una coquetería trágica; esa fealdad repulsiva, esa ausencia completa de belleza espiritual, de carácter étnico, y de interés plástico; esa gata que no es como las otras gatas—que aun conservan la frescura de su juventud—se enoja y quiere adornar el desastre de su fealdad con una guirnalda de amapolas... ¿no os parece delicioso?

Y, los que conocemos a Trinidad el jardinero de la Escuela de Coyoacán, los que le vemos siempre con su paso cansado y su faz pasiva, admiramos en el grabado de Charlot, ese acierto con que fué "pescado" nuestro buen amigo "Trinidad el jardinero."

Leal el mexicano, y Charlot el francés, preparan la edición de un álbum de grabados en madera iluminados a colores por el procedimiento de "Pochoir" y con cien tipos nacionales. Sin embargo, de este seguro éxito editorial, ya recordamos que en nuestra niñez habíamos visto algo parecido en los cuentos de a centavo que editaba el señor Vanegas Arroyo.



A Vera de Córdoba con Salud y revolución social al — Fernando Leal

"El indio que enflaqueció de amor"